—¡Diablo!—dijo en seguida.—No comprendo el *espleen* de mi exelente amigo... Hé aquí un horizonte soberbio, un parque magnífico, y este retiro campestre es un rincon adorable.

—Si vos decís esto á mi padre—dijo Lazarine sonriendo—no será de vuestra opinion.....

—¿Y vos lo sois?

—Sí y nó.... Es pintoresco, convengo..... pero es muy fastidioso.... es monótono.....

—¿Echais de menos á Paris?

—Paris y los millones desaparecidos... ¡Oh, sí, con toda mi alma!.....

—Paciencia y valor.... volvereis á Paris... sereis la reina.....

—¿Y los millones?.....

—Perdidos por un lado, volverán por otro...

—Príncipe, no me digais locuras.... Pudiera creerlo, y la decepcion seria ruda.... Perdonadme si os dejo solo.... Voy á buscar á papá.....

Y la jóven, esbelta y graciosa como una ninfa de Juan Goujon, salió de la estancia.

—La verdad es—murmuró el príncipe—que á esta jóven le hace falta un marco de oro.... Y ese marco, si no me equivoco.... yo se lo traigo.

VI

Aprovechándonos de la soledad momentánea en que quedó el príncipe, trazaremos á grandes rasgos un cróquis de la persona de Castel-Vivant. Nadie se presumia la edad que pudiese tener.

Gran número de personas se hacian esta pregunta, y nadie sabia darse contestacion, porque el interesado ocultaba con arte la fecha de su nacimiento.

Sus contemporáneos le daban sesenta y ocho á setenta años, pero encontraban muchos que lo dudaban; de tal modo se conservaba el famoso príncipe.

Alto, delgado, y sin haber perdido nada de la elegancia que en otro tiempo le hizo célebre, Godefroy-Aymar-Enguerrand, príncipe de Castel-Vivant, tenia el rostro un poco ajado, con líneas regulares y expresion aristocrática.

Durante bastante tiempo se le habia llamado *el hermoso Godefroy*.

Sus cabellos, su bigote y sus patillas, rubias en otro tiempo, lo eran aún gracias al uso de una tintura inglesa.

Para conocer el trabajo de restauracion que todos los dias ejecutaba, era necesario aproxi-

marse mucho á su cara, y aun así se distinguia poco la pintura.

Entonces solamente aparecian bajo las dósis de pintura esas mil pequeñas arrugas que atraviesan la epidérmis en todos sentidos.

Fuera de este caso, el engaño era completo.

En nuestra época, en que á pesar de la ley la sociedad acepta con gusto una multitud de títulos, los mas sin pruebas, y los otros por pura complacencia, Godefroy de Castel-Vivant era un prícipe incontestable y el último representante de una casa histórica.

En su juventud se habia dedicado á la carrera diplomática, y bien pronto fué nombrado secretario de embajada; várias aventuras galantes, algunas bastante escandalosas, seguidas de duelos desgraciados, ó por mejor decir afortunados, con maridos de una posicion elevada, le habian obligado á retirarse á la vida privada, porque no habia ningun embajador que se atreviera á llevar consigo un agregado que traia tras sí tantos compromisos.

Del paso de Godefroy por la carrera diplomática habia resultado para él el derecho de llevar una roseta de muchos colores en el ojal de la levita, y de poder llevar en el lado izquierdo diversas condecoraciones.

—Aquello no significaba nada—decia Castel-Vivant sonriendo.—Nada proba; pero es un accesorio elegante que no está de mas en el traje de un hombre de mundo.

El príncipe habia sido rico, encontrándose á la muerte de su padre heredero de una fortuna de millon y medio aproximadamente. Aquellos quinientos mil francos le parecian mezquinos y trató de tirarlos en poco tiempo.

Se casó con una mujer jóven, linda y bien educada, noble, con buen dote, y lo que es mas: la virtud personificada.

Sucede frecuentemente que aquellos que tienen peor cabeza tienen mejor suerte.

La pobre niña adoraba á Godefroy y se forjaba encantadoras ilusiones acerca de su porvenir, ilusiones que se encargó de destruir el príncipe.

—Llevais mi nombre y mi título, querida mia; sois la princesa de Castel-Vivant, y os dejo una libertad sin límites. ¿Qué mas podeis desear?—la dijo un dia contestándola á una sencilla pregunta.

Para la jóven princesa no tenia encantos el título sin el marido.

Hubiera deseado que Godefroy la dedicara algunos ratos.

Se le veía al príncipe prodigar sus galanterías á todas las mujeres, menos á la suya; para ésta no guardaba ni la menor atencion.

Herida en su amor propio, humillada en su

dignidad, la pobre princesa cayó enferma, sucumbiendo al poco tiempo.

Godefroy recibió aquella desgracia con la mayor impasibilidad, aunque le afligió mucho.

Y era natural; la fortuna que habia recibido de su mujer debia pasar de nuevo á su familia.

Pero se consoló bien pronto de esta pérdida.

En el momento que dá comienzo esta historia, y trascurridos ya algunos años, no poseia mas que una pequeña renta vitalicia de algunos miles de francos que le pasaba un pariente lejano.

No por eso dejaba de realizar el difícil problema de llevar con tan humildes recursos la vida del rico, sin jamas recurrir á medios violentos para proporcionarse lo supérfluo, que era para él necesario.

Estaba siempre fuera de casa, y así no recibia visita alguna; ocupaba un pequeño cuarto, adornado con los restos de lujo que antes habia tenido, y le costaba muy barato el cuarto entresuelo que habitaba. Por único criado tenia un muchacho de diez y seis á diez y siete años.

Invitado todos los dias á almorzar y comer en muchas casas ricas, no comia nunca á sus expensas.

Los veranos y otoños los pasaba en las fincas de sus amigos.

Sócio de tres importantes círculos de recreo, era un jugador de primera fuerza en el *wisth;* jugaba fuerte y ganaba de ocho partidas seis lo menos, sabiendo retirarse cuando no le soplaba la fortuna.

Cuando no estaba él en las reuniones, les faltaba algo de alegre.

En las noches de los estrenos de los teatros, tenia siempre reservado un asiento en uno de los palcos de sus amigos.

Por último, las personas de la sociedad amable del mundo galante, á las cuales estaba unido por sus relaciones, les era muy útil, y ellas se mostraban reconocidas, porque conservaba, á pesar de sus años, gran vigor.

Godefroy de Castel-Vivant poseia ademas un exquisito tacto, debido á su larga experiencia,

Nadie, á pesar de que vivia á expensas de todo el mundo, se atrevia á llamarle *catasalsas*, y la razon era muy sencilla: se sentaba á la mesa de los amos y se mostraba generoso con los criados como un príncipe; ademas, el dia de año nuevo prodigaba los saquitos de bombones, que era lo que constituia su mayor gasto.

La honradez de Godefroy no podia ser puesta en duda. Por ligero, por desprovisto que estuviese de sentido moral, se sabia que era